

La transformación de las familias campesinas y la metropolización de Bogotá*

Yeimmy Viviana Otálora Moya**

Unidad de Proyección Social

Universidad La Gran Colombia, Colombia

Resumen

El campesinado en Colombia ha sido afectado por diferentes fenómenos sociales, económicos y culturales, muestra de ello se puede apreciar en la investigación que se realizó en la vereda Siete Trojes, ubicada en el municipio de Mosquera, Cundinamarca. En este territorio se analizaron los cambios en los usos del suelo, las costumbres y las actividades económicas de la población, resultado de la conurbación de la ciudad de Bogotá con los municipios aledaños, causa y efecto de la implementación del modelo de desarrollo nacional.

Palabras clave: campesinado, género, identidad, metropolización, territorio, transformación.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Otálora, Viviana. 2016. "La transformación de las familias campesinas y la metropolización de Bogotá". *Trabajo Social* 18: 127-142. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Recibido: 6 de abril del 2015. **Aceptado:** 2 de septiembre del 2015.

* Este artículo es el resultado del proceso de investigación desarrollado durante el periodo de 2012-2014 en el marco de la Maestría en Trabajo Social con Énfasis en Familia y Redes Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, financiado con recursos de la Facultad de Derecho de la Universidad La Gran Colombia.

** vivianaotalorats@gmail.com

The Transformation of Peasant Families and the Urbanization of Bogota

Abstract

The peasant in Colombia has been affected by different social, economic and cultural phenomena, which can be seen in the study that was carried out in the Siete Trojes locality, in the municipality of Mosquera, Cundinamarca. The study analyzes changes in land use, customs and economic activities of the population due to the conurbation of the city of Bogota with neighboring towns and the implementation of a national development model.

Keywords: peasantry, gender, identity, urbanization, territory, transformation.

A transformação das famílias camponesas e a metropolização de Bogotá

Resumo

O campesinato na Colômbia tem sido afetado por diferentes fenômenos sociais, econômicos e culturais; mostra disso pode ser observada na pesquisa que foi realizada no vilarejo Siete Trojes, localizado no município de Mosquera (Cundinamarca, Colômbia). Nesse território, analisaram-se as mudanças nos usos do solo, nos costumes e nas atividades econômicas da população, resultado da conurbação da cidade de Bogotá com os municípios limítrofes, causa e efeito da implantação do modelo de desenvolvimento nacional.

Palavras-chave: campesinato, gênero, identidade, metropolização, território.

Introducción

El crecimiento de la ciudad de Bogotá hacia la periferia ha implicado el paso a nuevas expresiones sociales, culturales, económicas y territoriales en los municipios aledaños; asimismo, ha conducido a procesos de transformación del territorio y de las identidades culturales de la población asentada en estas zonas rurales.

Esta integración socio-espacial se conoce como metropolización y es el producto del crecimiento de las ciudades más allá de sus límites (Boiser 2006). Frente a este proceso, desde los años setenta, se lamenta la pérdida de irremplazables suelos agrícolas y la destrucción de un paisaje rural excepcional (*El Espectador* 2011).

En la actualidad el fenómeno puede apreciarse de la siguiente manera: extensión de la ciudad en el sur, principalmente en límites con el municipio de Soacha; en el norte, con los municipios de Cota, Chía y Cajicá, y hacia el occidente con Funza, Mosquera, Facatativá, Tabio, Sopó y La Calera (Rodríguez 2004).

Las actuales condiciones del territorio de Mosquera, especialmente en la vereda Siete Trojes, son evidencia de cómo desde inicios de los años noventa la población ha venido cambiando su vocación agrícola por causa del uso industrial y urbano del suelo (según datos obtenidos en la investigación).

La pregunta que orientó la investigación fue, a partir del decenio de 1990, ¿cuál ha sido la incidencia del proceso de metropolización en la identidad campesina, las actividades económicas y las relaciones de género de las familias de la vereda Siete Trojes? El abordaje metodológico del estudio fue cualitativo, entre las técnicas utilizadas se destacan la entrevista semi-estructurada, grupos focales, la línea del tiempo y cartografía social, estrategias de conocimiento que facilitaron la reconstrucción social del territorio desde el punto de vista de sus habitantes, basándose en sus vivencias del pasado y del presente.

Para responder al interrogante se eligió una muestra intencional de los hogares con mayor tiempo de permanencia en la vereda Siete Trojes, de lo cual se obtuvo como resultado la identificación de cuatro sectores asociados a las familias con más tradición histórica en el territorio, es el caso de los grupos familiares

Sopó, Cajamarca, Mora y Duque caracterizados por la familia extensa (4 o 5 familias nucleares por sector).

Con el interés de determinar diferentes perspectivas temporales y espaciales, las actividades y técnicas asociadas a la investigación se realizaron por medio del trabajo colaborativo de las familias, estas se organizaron de acuerdo con tres generaciones, lo que dio como resultado los siguientes mapas, expuestos en la tabla 1¹:

Tabla 1. Organización de las familias

Población	Edad	Actividad
Mayor	60 a 75	Mapa del pasado
Segunda generación	35 a 55	Mapa del pasado
Tercera generación	15 a 35	Mapa del presente

Fuente: elaboración propia, agosto del 2012.

Finalmente, los aportes de los corpus teórico, epistemológico y metodológico constituyeron los principales elementos para el análisis y la descripción de la relación entre la familia y el territorio.

Antecedentes del proceso de metropolización en la ciudad-región

El proceso de desbordamiento de la ciudad hacia la periferia, conocido como metropolización, empieza a evidenciarse en el año 1954, cuando se crea el Distrito Especial de Bogotá, mediante el Decreto legislativo 3640 de 1954, momento histórico donde se anexan a la ciudad capital los municipios de Bosa, Engativá, Fontibón, Suba, Usme y Usaquén, lo cual proyecta —en la visión de futuro— el desarrollo de la ciudad sobre un territorio de 163,575 hectáreas (Jiménez 2001).

La integración territorial de la ciudad de Bogotá con la región de la sabana se relaciona con la influencia del modelo de desarrollo económico orientado en términos de centro-periferia, que da protagonismo al sistema productivo capitalista respecto a la agricultura familiar de la región. Para Fals Borda (2007) la adopción del

¹ Generalmente, se acostumbra realizar tres mapas: pasado, presente y futuro, pero debido a que la mayoría de las familias tienen que reubicar su lugar de residencia, no se consideró oportuno realizar el mapa del futuro.

modelo de desarrollo en los países denominados del “tercer mundo” ha agudizado los problemas sociales y económicos, propiciando mayor desigualdad.

En este sentido, Fals Borda afirma que los paisajes biofísicos, económicos y culturales evidencian el estado de crisis en que se encuentra el desarrollo, muestra de esta realidad es la agudización de la pobreza, la violencia y el deterioro social y ambiental; estos fenómenos sociales se han generado por la intervención de macroproyectos sin evaluación de impacto, endeudamiento perpetuo y marginación de la mayoría de la población de los procesos de pensamiento y decisión sobre la práctica social.

El ajuste del modelo económico de industrialización adoptado por los países latinoamericanos ha generado un proceso acelerado de urbanización que desplaza a los campesinos hacia las ciudades; las políticas orientadas al desarrollo urbano-rural han sido privilegiadas y la inversión pública en el agro ha perdido importancia. Además, la política de estímulo a la industrialización desfavorece a la población campesina y restringe la demanda del sector agropecuario en materia de bienes industrializados. Las sociedades campesinas se han visto afectadas significativamente por esta política, especialmente porque ellas encarnan el desconocimiento del trabajo campesino y aceleran la pauperización y descomposición del campesinado por efecto del fuerte proceso de incremento de la migración rural hacia las urbes (Machado 2009).

Como resultado de la migración rural-urbana se produce el aumento poblacional en el periodo 1993-2005 en los municipios cercanos a la ciudad de Bogotá, los mayores aumentos demográficos se pueden ver en las provincias de Soacha (56,3 %), sabana central (52,3 %) y occidental (56,3 %) con tasas que incluso duplican el crecimiento de Bogotá (26,4 %) y que conducen a la transformación territorial y cultural de las zonas rurales de la región de la sabana (Ardila 2003).

La explosión urbana de Bogotá se relaciona fuertemente con los procesos migratorios ocasionados por la violencia socio-política. Colombia es uno de los países con mayor desplazamiento en el mundo. De acuerdo con datos de la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, entre enero de

1997 y octubre del 2011 se registraron 3.943.509 personas desplazadas (Salas y Zorro 2013).

Las principales ciudades receptoras de población en condición de desplazamiento son, en orden ascendente, Medellín (37.938 personas), Bogotá (31.648 personas), Cali (9.624 personas), Pasto (9.224 personas), Suárez (6.854 personas) y Buenaventura (6.198 personas) (Núñez y Hurtado 2013).

El crecimiento de la urbe afecta directamente las dinámicas socio-espaciales de los territorios aledaños, lo que da pie a fenómenos como el hacinamiento poblacional producto de la densificación, mientras el promedio de densidad en las provincias del departamento de Cundinamarca es de 93 habitantes por km², aproximadamente, en Soacha se eleva a 1.546, en Cajicá a 795, en Chía a 789, en Funza a 745 y en Facatativá a 503. De acuerdo con cifras de 2010 de la Secretaría de Planeación Distrital, en estas mismas provincias de la sabana, el occidente, el centro y Soacha viven 1.304.445 habitantes, el 52 % de la población del departamento se encuentra ubicada en estos municipios (Ardila 2003).

Con la expansión de la ciudad sobre la periferia surge un nuevo problema metropolitano de la sabana ya que los municipios de Mosquera, Madrid y Soacha han ofrecido más de 10.000 hectáreas para utilización industrial, aunque la demanda es menor y para los próximos veinte años solamente se requieren 2.000 (Comité Intergremial de Bogotá y Cundinamarca 2009).

La mayor oferta ha generado más demanda, en los últimos tres años las 30 hectáreas anuales que consumía Bogotá se convirtieron en 150. Según esa tendencia, en 2007 y 2008 la ciudad debió construir un aproximado de 360.000 m² de bodegas en 72 hectáreas de suelo. Sin embargo, en 2008 se inició la edificación de 1.200.000 m² de bodegas en 300 hectáreas de suelo en los municipios periféricos de la sabana de Bogotá. Eso equivale a la demanda histórica del territorio capitalino durante diez años (Comité Intergremial de Bogotá y Cundinamarca 2009).

Las anteriores dinámicas territoriales incidieron en el proceso de metropolización de la vereda Siete Trojes, territorio donde se recogió la información desde la memoria de sus habitantes, quienes indicaron que, a partir de los años noventa empezaron a manifestarse

importantes cambios en materia de uso del suelo y de desarraigo de la comunidad respecto de su territorio, probablemente debido a la presión que ejerce la transformación del entorno físico, en particular los procesos de urbanización e industrialización alrededor de los asentamientos agrícolas y ecosistemas, materializados en la construcción de zonas francas y parques industriales en el sector occidental de la sabana.

Con los cambios que acarrea la nueva definición del territorio, el equilibrio familiar de estas poblaciones sufre modificaciones que afectan las identidades culturales, los roles asignados a cada uno de los integrantes de la familia y la dinámica general del trabajo. La modificación del territorio, las identidades y los roles asignados pueden conducir al destierro de las familias de los territorios que usualmente ocuparon (Jiménez 2001).

Memorias del territorio e identidad campesina

Las niñas más grandes le dijimos a la profesora Anita: ¿por qué la vereda se llama Siete Trojes?, ¿por qué ese nombre, que no es tan popular?, y ella nos decía que se llamaba Siete Trojes por los graneros que habían allí para almacenar papa, zanahoria, mazorca, verdura. Había unas casas grandes, amplias, en adobe, donde entraban los carros de madera, que los tiraban los bueyes. (PG², mujer de 78 años, sector Sopó, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

La sabana de Bogotá se caracteriza por su diversidad y gran riqueza natural representada en suelos fértiles destinados a la productividad agrícola, espacios de gran valor ecológico como páramos, humedales, lagunas, quebradas y ríos, además de la presencia de flora y fauna endémica y migratoria.

En el municipio de Mosquera se reconocía la tradición económica ligada a la producción agrícola de diversos cultivos, tales como el maíz, la papa, la arracacha, la quinua, la batata, el tabaco y el algodón; se suman a estos las hibas, los cubios, los tomates, el

ají, los frijoles, la ahuyama y la calabaza; la pesca se convirtió en una actividad importante de subsistencia hasta antes de la década de los noventa gracias a la abundancia hídrica del territorio. En la laguna La Herrera y el río Balsillas los pobladores practicaban esta actividad donde comúnmente se extraían peces como “el capitán y la guapucha”, dichas especies se encontraban en abundancia en la sabana y en las regiones vecinas (Alcaldía de Mosquera 2013).

Siete Trojes es una de las seis veredas que componía el área rural del municipio de Mosquera, su identidad cultural y actividad económica se basaban en la producción agropecuaria. En los relatos de los pobladores son reconocidos tres aspectos fundamentales del territorio que se representan simbólicamente en la figura 1. El agua, el paisaje y los abundantes cultivos fueron características que dieron origen al nombre de la vereda: “siete” por los granos o cereales que se cultivaban, principalmente el maíz, la cebada, el trigo y la avena; y los “trojes” por los graneros donde se depositaban los cereales cosechados y demás productos almacenables.

Según las memorias de la población, tales productos se obtenían sin acudir a ningún recurso químico y apenas con el uso del arado, que hacia la década de los ochenta fue reemplazado por el tractor y la implementación de fertilizantes y pesticidas, aspectos que antecedieron el declive de las formas de vida ligadas a la agricultura familiar en la década de los noventa.

En la tabla 2 se explican detalladamente las relaciones en la vereda Siete Trojes antes y después de los años noventa. En los ámbitos de la identidad campesina, actividades económicas y relaciones género.

La producción agrícola constituyó el factor fundamental que aseguraba la alimentación de las familias en los años sesenta y setenta, se configuró como un componente transcendental del sostenimiento de la vida campesina. Entre los habitantes más conocidos aparecen las familias Cruz, Cajamarca, Mora, Quiñones y Sopó, y son bien destacadas las fincas La Aurora, San José y San Jorge, heredadas por familias que prosiguieron la tradición agrícola de generación en generación, hasta finales del decenio de los ochenta cuando declinó significativamente.

2 Primera generación: corresponde a las entrevistas realizadas al grupo poblacional adulto mayor (codificación de entrevistas).

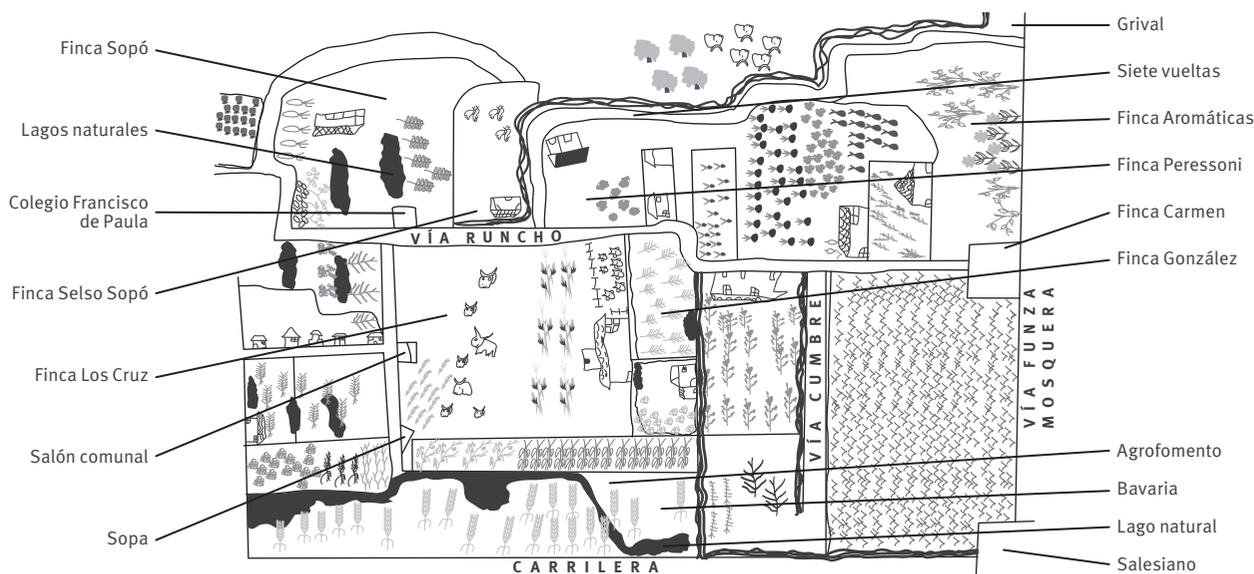


Figura 1. Mapa del pasado antes de la década de 1990. Elaboración de las familias de la primera y la segunda generación de la vereda Siete Trojes, 2012.

Tabla 2. Matriz de categorías de análisis.

Categoría de análisis/ temporalidad	Antes de 1990	Después de 1990
Identidad	Cercanía en los lazos sociales que fortalecían el tejido social	Distanciamiento de las relaciones sociales entre las familias
	Relaciones de parentesco entre los sectores de la vereda	Pérdida de la red de relaciones familiares
	Conocimiento del otro, confianza y seguridad	Aumento de la población, inseguridad
	Celebración de costumbres (bazares, reuniones)	Pérdida del sentido del “Nos” (nosotros)
	Sucesión de tierra (menor a 3 hijos) de PG a SG, asegurando vivienda de hijos (promedio 4 por familia)	Herencia del terreno de SG a TG (en promedio 3 hijos por familia) es inferior a 300 m ²
	Trueque de alimentos producidos en parcelas propias	Cultivos en huertas domésticas y disminución del intercambio
Actividades económicas y trabajo	Autosostenimiento a través de la agricultura familiar en la parcela y el trabajo en jornales	Oferta de mano de obra en el sector industrial, comercial y de servicios
	Pago por jornal, en especie, como cesión de terrenos, ganado o productos agrícolas	Percepción de ingresos por medio de un salario
	Contratación informal	Diferentes tipos de contrato
	Oferta laboral constante, ingresos seguros (PG)	Largas temporadas de desempleo (SG y TG)
Relaciones de género	Mujeres trabajando en el hogar y la parcela; hombres empleados en el sector agropecuario (PG)	Mujeres y hombres trabajando en floras, empresas, y otros sectores de la economía local
	Mujeres crían y cuidan de los hijos; hombres relacionados con el ámbito productivo (PG y SG)	Mayor participación de hombres y mujeres en el contexto productivo y reproductivo (TG)
	Cooperación entre mujeres de las mismas familias y comunidades en el cuidado y crianza de los niños	Se mantienen en algunos sectores las redes de apoyo y en otros son muy débiles o están a punto de desaparecer
Territorio	Alto sentido de pertenencia con el territorio y cuidado del entorno	Problemáticas ambientales y territoriales (disposición de escombros en lotes baldíos, contaminación por residuos, contaminación atmosférica)
	Presencia de lagos, humedales, zanjas (pesca en mediana escala) diversidad en fauna y flora	Relleno de humedales para urbanizar, contaminación ambiental y pérdida del recurso hídrico
	Paisaje rural (bosques, montañas, llanuras)	Paisaje urbano (urbanizaciones, bodegas, parques industriales)
	Suelos potencialmente cultivables	Disminución de suelos para la producción de alimentos y pérdida de la riqueza hídrica por efecto de la construcción

Fuente: Elaboración propia con base en los datos recogidos en campo 2012.

Una actividad reconocida en la vereda Siete Trojes era el rastrojo, labor que consistía en la recolección de productos agrícolas que quedaban después de la cosecha en predios de medianos productores. Esta práctica permitía a las familias ahorrar en los gastos del hogar, tener una mayor seguridad alimentaria y establecer lazos de confianza y apoyo con los diferentes habitantes de la zona. La práctica también reforzaba los vínculos entre los sectores y las familias de la comunidad, que disfrutaban del contacto con la tierra y de la recolección de sus frutos para un posterior aprovechamiento en la comercialización y su consumo directo.

Íbamos a recoger la cebolla, la papa, la mazorca y al menos no hacía falta la comidita [...] Salía uno y estaban los cultivos para el rastrojo, entonces uno cogía harto para vender y nos quedaba para la casa. (SG³, mujer de 53 años, sector Cajamarca, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

Bascuñán (2010) define esta integración social como un aspecto fundamental de la identidad campesina asociado con la permanencia en el territorio. Como valor agregado de la relación familia-territorio sobresale la pequeña producción agrícola que se constituye en un mecanismo de satisfacción de las necesidades materiales de la unidad doméstica.

En esta relación familia y territorio, la identificación de la primera generación (tercera edad) con la cultura campesina es significativa y se sustenta principalmente en la procedencia y la permanencia en la vereda Siete Trojes. En la mayoría de los relatos las expresiones “Yo nací aquí y aquí me crié” o “Toda mi vida yo he vivido acá” son frases que implícitamente relacionan el territorio en proceso de identificación.

¿Que si me considero campesina?... ¡Claro! Yo sé cómo se cría una gallina, una vaca, sé cultivar mata de papa, cebolla, café; mejor dicho, qué no me tocó aprender... Para mí, ser del campo es amar la agricultura, amar la naturaleza, relacionarme con mis vecinos. En sí, la naturaleza encierra todo. Ahora siembro maticas en mi huerta, mazorcas, feijoa y lulo. (SG, mujer de 60

años, sector Cajamarca, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

En el caso de la población adulta mayor, la identidad campesina estaba ligada a la libertad y a la seguridad que le brindaba un territorio tranquilo, alejado de los afares cotidianos de las ciudades. El paisaje rural ofrecía diversos ambientes sociales, culturales, económicos y naturales que permitían una conexión entre entorno, naturaleza y comunidad; muestra de ello era, por ejemplo, que en las relaciones vecinales había una mayor cercanía. Aunque las viviendas estuvieran distantes, los lazos familiares se extendían más allá del contexto neolocal, patrilocal o matrilocal (lugar de residencia paterna o materna), y se ampliaban en forma de redes que se conectaban mediante la cooperación.

En los relatos de la población de Siete Trojes la identidad campesina es definida por:

- La herencia de la tierra y la transmisión cultural.
- La fortaleza del tejido social y comunitario.
- El sentido de pertenencia respecto del entorno.

La fortaleza del tejido social comunitario es otro aspecto fundamental de la identidad campesina. El sentido de pertenencia se proyectaba en las acciones populares encaminadas siempre a fortalecer los vínculos del entramado social. La cercanía con el otro establecía la interacción entre los vecinos y vecinas que históricamente habían compartido experiencias de vida por más de cuatro generaciones. La construcción cultural de la identidad campesina se expresaba en el significado de las redes sociales, los lazos de amistad y los mecanismos de cooperación con los que se identificaba la población del sector.

Asimismo, las narraciones en torno a la identidad campesina de la segunda generación (adultos y adultas entre 35 y 50 años) hacen parte de los recuerdos. Estas acuden a la memoria para traer al presente las percepciones, emociones y sentimientos de un pasado que no puede ser descrito y analizado sin que interfirieran las circunstancias del presente, es decir, la presión social y territorial que genera el proceso de urbanización.

Por el contrario, la tercera generación —los jóvenes que están en edades de 15 a 20 años y 20 a 35 años— no se identifica con la misma propiedad con la cultura campesina, por el hecho de haber nacido

3 Segunda generación: clasificación de grupo etario de adultos en la vereda Siete Trojes (codificación de entrevistas).

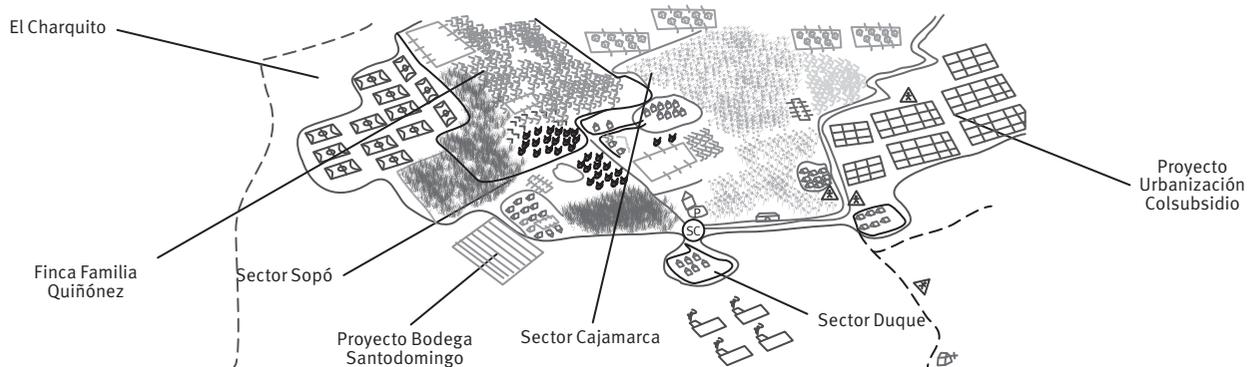


Figura 2. Mapa del presente desde la década de 1990. Elaboración de la comunidad, segunda y tercera generación, de los sectores Duque y Sopó de la vereda Siete Trojes, 2012.

en un contexto significativamente transformado por los procesos de industrialización y urbanización. En la actualidad son pocos los rasgos que se asocian a la identidad campesina; ayudar a las abuelas o a las madres a cultivar la huerta casera es tal vez la única actividad que aún los vincula con las prácticas campesinas.

He vivido acá desde hace veinticinco años. Me gusta la naturaleza y ya uno sabe cómo es la vida en el campo. Más bien de la ciudad sé muy poco. Hay gente que de pronto no sabe sembrar o arreglar un jardín, o cosas así. A veces sembramos maticas, pero no es solo sembrar, también está la buena mano que uno tenga. Todo eso lo aprendí fue por mi papá. Tenemos una huerta casera pero es solo este pedacito. A veces se siembra. No es mucho, porque de todas formas es pequeña. (TG⁴, hombre de 26 años, sector de Cajamarca, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

Los casos en los cuales los jóvenes de ambos sexos se definen como campesinos y campesinas se acentúan en las edades de 20 y 35 años, particularmente resultan ser aquellos que proceden de sectores con menor afectación en relación con el uso del suelo, puesto que allí prevalecen las condiciones y características relativas al contexto. Caso específico es el sector Cajamarca, donde pueden apreciarse las prácticas agropecuarias y un entorno rodeado todavía de naturaleza.

La construcción de la identidad campesina manifestada en las narrativas de la tercera generación evidencia

un nuevo sentido de pertenencia y de definición de la identidad. La mayoría de los miembros de esta generación no heredó el sistema de creencias sociales unidas al campesinado y mucho menos la transmisión de la tenencia de la tierra, de igual manera carece de un medio y un fin que la ayude a definirse en relación con el campesinado.

La herencia de la tierra y la transmisión cultural constituían dos elementos básicos de la identidad campesina y giraban en torno al territorio. Si este se modifica en algún aspecto, afecta directamente la red de interacciones sociales, a tal punto que, en un contexto de constante cambio, hace desaparecer la agencia humana.

Frente a este panorama, la tercera generación empieza a crear sus propias alternativas de solución. Ahora las aspiraciones y proyectos de vida están orientados a la profesionalización en áreas del conocimiento relacionadas con el medio ambiente o la ingeniería agrónoma, característica que llama la atención en la transformación del contexto actual.

Pérdida de las características rurales y de la identidad campesina

Las transformaciones territoriales de la vereda se han presentado desde de los años noventa, los cambios en materia de infraestructura, mayor oferta de transporte público, instalación de servicios de acueducto, alumbrado eléctrico y construcción de planteles educativos, iglesias y sedes de organizaciones privadas han tenido su auge en las últimas décadas. Asimismo, se han puesto en marcha obras públicas de pavimentación, construcción de alcantarillados y aparcamientos, entre otras obras, como se aprecia en la figura 2.

⁴ Tercera generación: clasificación de grupo etario de jóvenes adultos, vereda Siete Trojes (codificación de entrevistas).

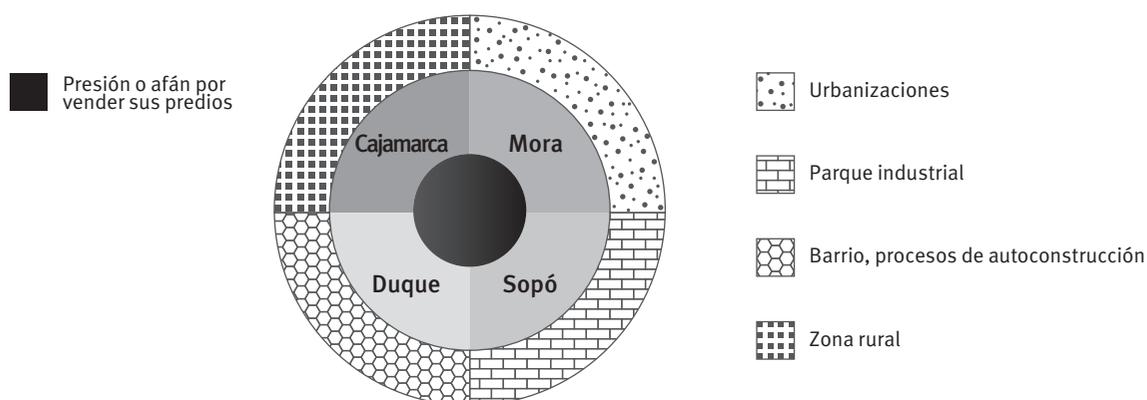


Figura 3. Afectaciones del uso del suelo vs. presión por vender predios. Elaboración propia, con base en datos recogidos en campo, Mosquera 2012.

Actualmente, las transformaciones de la vereda inquietan a sus pobladores, quienes reflexionan sobre la posibilidad de quedarse en condiciones cada vez más marginales o partir para volver a empezar en otro contexto, donde, sin embargo, no se proyectan a futuro; sumado a esto, el crecimiento desordenado de la vereda se pone de manifiesto en el aprovechamiento mixto del suelo, lo que ha desencadenado la propagación de barrios, urbanizaciones, bodegas, industrias, cultivos, lotes baldíos, etc. (ver figura 3).

La problemática se centra en los cambios operados en el uso del suelo, que traen como consecuencia la pérdida de la identidad campesina expresada en el deterioro de las relaciones vecinales, la inseguridad, el desempleo, la contaminación ambiental, etc., aspectos que presionan a las familias a adaptarse al nuevo contexto urbano o a abandonar la vereda.

El lío ha sido la contaminación, el dejarnos sin agua. Ahorita solo dependemos del acueducto, ya no se ven las zanjitas que servían de reserva. Además, hay muchos niños que no pueden decir que conocen un cultivo o que lo distinguen del otro, porque ya solo [hay] cemento por todo lado, ya no se diferencia una cosa de la otra. (SG, mujer de 42 años, sector Duque, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

Actualmente la huella de la expansión de la ciudad sobre el territorio sabanero refleja un daño irreparable al medio ambiente que incide en el deterioro y la disminución de las fuentes hídricas, como en el caso de la laguna La Herrera impactada por la recepción

de aguas negras y la extracción minera. Asimismo, se identifica la acelerada extinción de especies de flora y fauna por la pérdida gradual de hábitat nativa, como en el caso de la tingua bogotana, entre otras como los patos canadienses y chorlos, aves foráneas que llegan en la época migratoria de octubre desde Norteamérica (Palacio 2010).

Transformación del territorio y de sus actividades económicas

Los cambios del sector económico del municipio de Mosquera, antes y después del proceso de metropolización, pusieron al descubierto las trayectorias del empleo en la primera generación y la transición en la segunda y la tercera en cuanto al cambio de algunas actividades laborales, que determinaron las aspiraciones, las necesidades y los conflictos expresados en medio de la mutación del territorio.

Antes de la década de los noventa, Mosquera, junto a otros municipios de la sabana occidental, figuraba como pionero de la actividad económica en el sector agrícola, lo que lo consolidaba de manera destacada en el mercado local y nacional debido a la excepcional riqueza de sus tierras, con una producción notable en espinacas, coliflor, lechuga, zanahoria, apio, ajos, papa y arveja, entre otras (Alcaldía de Mosquera 2013).

No obstante, la tenencia y distribución de la tierra en la sabana de Bogotá presenta una alta concentración de propietarios con más de 50 hectáreas, lo que aumentó la gran propiedad entre las décadas del setenta y noventa. Paralelamente, las parcelas campesinas (menores a 3

hectáreas) tienden a fragmentarse e incluso micro fragmentarse por la participación sucesorial y hereditaria. La apropiación de la tierra ha tenido efectos directos sobre la involución de la actividad agropecuaria en la región (Montañez 1992).

En la medida que disminuyó la actividad económica agropecuaria aumentó la presencia de constructoras, por ejemplo Prodesa, Amarilo, Bolívar, etc.; así como de parques empresariales y zonas industriales, ahora el sector predominante en Mosquera es el industrial, el cual aporta el 62 % de la economía al municipio, cuenta con 327 empresas registradas en la Cámara de Comercio de Facatativá al año 2010, algunas de ellas se dedican a la fabricación de productos alimenticios como: Doria S.A.S, Molinos El Lobo S.A, Fiberglass Colombia S.A, Purina Nestlé S.A., entre otras. Además, es un corredor terrestre que ha venido constituyéndose como un enclave de nodos industriales y comerciales, que une el eje calle 80 con el de la calle 13 (Ministerio de Trabajo 2011).

Vale la pena destacar que las prácticas agrícolas aún se conservan en un 15 % mientras se posiciona la economía industrial y el sector minero en la extracción de recursos naturales no renovables como son las canteras, en donde permanentemente se extraen materiales para la construcción de vías del orden regional, departamental, y con preferencia para el suministro a la capital de la República (Alcaldía de Mosquera 2013).

Cambios territoriales: agricultura y economía campesina en la vereda Siete Trojes

En la primera década de este milenio la población rural era el 53 % del planeta y la agricultura continuaba siendo la actividad económica que mayor empleo generaba. En Colombia, los habitantes de las zonas rurales representan el 31 % del total de la población y, si se consideran los que viven en las pequeñas cabeceras municipales (menores de 10.000 habitantes), la población rural alcanza el 38 % (Álvarez 2003).

En el caso de la economía campesina colombiana este sistema de producción alimentaria se sustenta así: 1) el aprovechamiento intensivo de la tierra se adelanta con poco capital y abundante fuerza de trabajo; 2) la producción agropecuaria de la parcela está destinada a la subsistencia; 3) el usufructo del trabajo de

la tierra no está dirigido a acumular capital sino a garantizar los productos y los niveles de autoconsumo agropecuario, entre otros objetivos; 4) el ingreso familiar es bajo y está conformado por productos agropecuarios y obtenidos fuera de la parcela (artesanías); 5) la población campesina está ligada al mercado a través de la venta de productos y de fuerza de trabajo, así como de la compra de productos de subsistencia (Valderrama y Mondragón 1998).

Está claro que los campesinos proveen alrededor del 65 % de la producción agrícola nacional, contribución representada principalmente en alimentos de consumo directo: maíz, panela, papa, plátano, yuca, fríjol, entre otros. Su participación es también mayoritaria en el abastecimiento de leche y significativa en el de carnes (Álvarez 2003). Sin embargo, hacia 1996, cuando 46,8 % del total de predios correspondía a la población campesina, quienes poseían solo el 3,2 % de la tierra (Fajardo Montaña 2002).

En el municipio de Mosquera, particularmente en la vereda Siete Trojes, la principal actividad económica era la producción agrícola, fuente fundamental de ingresos para el consumo y sostenimiento de las familias campesinas de bajos recursos económicos y símbolo de la soberanía alimentaria de la región: “Somos lo que comemos”, afirma una mujer participante de la investigación.

Según los relatos de la primera generación entrevistada, el trabajo consistía en el mantenimiento y el cuidado de los cultivos durante su ciclo vital y en las épocas de recolección. Existían tres modalidades en el empleo de la fuerza de trabajo: 1) en jornales, 2) en la parcela propia y 3) arriendo de la tierra.

Otras formas de empleo de la mano de obra de esta generación en el área rural de Siete Trojes eran el mantenimiento del sistema de riego, el cuidado de vallados o zanjas de agua (que estaban presentes en todos los sectores de la vereda, como se evidencia en la figura 1: mapa del pasado). Asimismo, eran consideradas como actividades económicas el procesamiento artesanal de la lana, la venta de preparaciones hogareñas (tamales, mote, masato, arepas y queso), junto con otros productos que eran comercializados en distintos sitios, como plazas de mercado, tiendas, bazares, etc. Tales prácticas eran realizadas especialmente por las mujeres.

Hacíamos tamales para la Nochebuena, masato, eso que llaman el mute, sembrábamos maíz y lo preparaba mi mamita. Entonces ella vendía la comida, así en las plazas de mercado o en los bazares que hacían. Ahora cocino lo indispensable: sopitas y el almuercito, nada más. (PG, mujer de 63 años, sector Mora, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

Las personas que están entre los 35 y los 55 años señalan las prácticas agropecuarias como sus primeras actividades laborales. Sus padres y madres trabajaban ofertando mano de obra en las haciendas productoras de la vereda, trabajo que en un principio heredaron pero que poco a poco fueron modificando como respuesta a las nuevas características del entorno. Este conjunto de conocimientos carece de un escenario apropiado para su reproducción, las nuevas realidades del territorio ofrecen actividades de carácter distinto a la tradicional labor agropecuaria; los habitantes del sector se vieron en la necesidad de buscar un trabajo asalariado en los sectores de la construcción, el transporte, el comercio, entre otros tantos.

En relación con la clase trabajadora del municipio de Mosquera, el censo de 2005 estableció que el 79 % de los trabajadores eran no calificados, estaban en un nivel educativo no mayor del medio y la mitad de ellos se concentraba en los sectores agropecuario, industrial y comercial. Las personas contratadas con baja calificación, es decir, poseedoras de habilidades no muy especializadas para la ejecución de las actividades ofrecidas, presentaban “bajos niveles de productividad” (Ministerio de Trabajo 2011).

Relaciones de género en la vereda Siete Trojes

En el acercamiento a las relaciones de género en el contexto del campesinado empieza a anticiparse su correlación con la división sexual del trabajo y se evidencia la distribución de los roles familiares con una fuerte tendencia a clasificar los trabajos según el sexo, esto marca fuertemente las pautas del comportamiento en una cultura que se debate en la repartición de las actividades de reproducción y producción por parte de los sexos.

Según Ballara y Parada (2009):

Se entiende por relaciones de género aquellas que son consecuencia de la diferente inserción de hombres y

mujeres en la familia y en la sociedad, y de la asignación cultural de roles diferenciados: los hombres reciben la responsabilidad de ser proveedores del hogar y las mujeres las de la crianza de hijos e hijas y el cuidado del hogar. Como resultado de esta diferente asignación de roles, culturalmente se asocia a los hombres con la producción y a las mujeres con la reproducción. (13)

En este sentido, la discriminación de género se fundamenta en la división sexual del trabajo y en las desigualdades culturales. La primera se ha comprendido más desde el punto de vista de la naturalización de las relaciones de género, es decir, las de la asociación de los papeles reproductivos a las mujeres y la asignación de los productivos a los hombres. D'argemir (1995) plantea las dicotomías naturaleza-reproducción-doméstico-femenino y cultura-producción-público-masculino. Esta perspectiva divisoria de los géneros asume una oposición entre los papeles femenino (asociado a la naturaleza, por sus características reproductoras) y masculino (identificado con la cultura a causa de su capacidad de transformación del medio natural).

La naturalización de la división sexual del trabajo ha incidido en la invisibilidad del trabajo del cuidado, que se manifiesta de manera intrínseca y trae como consecuencia un déficit crónico de reconocimiento y valoraciones sociales. El trabajo del cuidado se intrinca, por regla general, con la femineidad, y comúnmente se estima como un don del ser y no como un saber adquirido por la experiencia (Molinier y Arango 2011).

En las entrevistas realizadas a mujeres de la tercera edad fue reiterativo el conflicto por el trabajo no remunerado: la mayoría trabajaba apoyando las labores agrícolas de los padres y en la crianza de animales, los servicios domésticos, las labores artesanales y el cuidado de personas enfermas o ancianas, entre otros, sin obtener por eso ningún tipo de remuneración económica o material.

En este sentido, el trabajo del cuidado surge asociado exclusivamente a las mujeres, aunque el problema no es necesariamente la relación de la mujer con esta actividad, sino el valor social que se le ha asignado. Esto obedece principalmente al ocultamiento de la mujer en el espacio doméstico, el cual, debido a sus características, crea distancia entre las mujeres y el

mundo público. Por lo tanto, el trabajo en el hogar es una labor oculta que no tiene reconocimiento social ni económico; incluso la mayoría de mujeres que desarrollan esta actividad consideran que nunca han trabajado, para ellas, las labores domésticas y las del cuidado no son trabajo. Así, pues, “el trabajo doméstico se considera como un trabajo tonto que no requiere talento especial” (Molinier 2011).

Datos concluidos a través de los relatos de las familias en la vereda Siete Trojes dan cuenta de que el trabajo del cuidado solo se relaciona con las mujeres; en las narrativas de la población, la figura masculina no es un modelo de referencia para acciones de atención y protección de los hijos, lo cual evidencia una marcada división sexual del trabajo.

Las acciones y los trabajos de las mujeres campesinas se han invisibilizado a través de los procesos discriminatorios; no obstante, el papel que ellas desempeñan en la economía campesina y en la organización familiar y comunitaria es fundamental. Según la FAO, las mujeres producen entre el 60 y el 80 % de los alimentos de los países en vía de desarrollo y son la mitad de los habitantes de todo el mundo. Se constituyen en el pilar de la agricultura de pequeña escala, del trabajo campesino y de la subsistencia alimentaria del grupo familiar. Sin embargo, enfrentan mayores dificultades que los hombres para acceder a ventajas como la tenencia de la tierra, el crédito y los insumos que mejoran la productividad (Ballara y Parada 2009).

Desde luego, el ingreso al sector productivo imprime nuevas conductas y patrones de comportamiento que son extraños para las mujeres de la segunda generación. En el trabajo asalariado ellas solo tienen control sobre un área de la producción y desconocen el resto del proceso, así como su resultado, mientras que en el trabajo del hogar mantenían el control del principio al fin de cada actividad. Por ejemplo, las comidas que preparan, los productos con los cuales se elaboran y los tiempos en que se realiza cada actividad, etc. Por ende, la autonomía formaba allí parte de su quehacer cotidiano. Caso contrario ocurre con el trabajo remunerado (Sánchez 2008).

En los relatos de las mujeres de la segunda generación (35 a 55 años) entrevistadas de la vereda Siete Trojes emergen la insatisfacción por la pérdida de la

“libertad y autonomía” respecto de la nueva forma de subsistencia, que se opone al conjunto de creencias y tradiciones establecidas de generación en generación, en relación con el trabajo agrícola y la vida en el campo.

El trabajo en el campo da más porque usted tiene más ganancias que trabajar en una empresa. Usted recibe su sueldo y no recibe nada más, pero, en cambio, si usted trabaja en agricultura, aparte de su sueldo trae comida para la casa y es un ingreso más y es menos estresante. Uno trabaja al ritmo de uno, pone el horario de uno sin la presión de nadie; en cambio, en una empresa es más esclavizante. (SG, mujer de 43 años, sector Duque, vereda Siete Trojes, Mosquera, trabajo de campo 2012)

Desde esta perspectiva, las mujeres reflexionan sobre las cualidades intrínsecas del trabajo agrícola. Los relatos de las entrevistadas sobre la actividad del campo hablan de una remuneración que va más allá del pago del jornal y está representada en la planeación del tiempo invertido en el trabajo, que da libertad de decisión y acción en las labores y no está condicionada a las políticas del sector productivo. Otra característica manifiesta del trabajo agrícola, según la población, es el pago en especie mediante productos del mismo cultivo donde se trabaja.

Acerca de la distribución del trabajo, los roles reproductivos y las relaciones de género en las tres generaciones (abuelas, madres e hijas), en la mayor parte de la población de la vereda Siete Trojes se identifica una estructura monoparental, con jefatura femenina y muy asociada a las características de las familias del Complejo Cultural Andino (Gutiérrez de Pineda 1975). En cuanto a su organización, la familia está compuesta en gran medida por uniones maritales de hecho y madres solteras, aunque es importante resaltar que la composición familiar evidenciada se sostiene en la familia extensa, que se soporta en los lazos de solidaridad que existen entre las mujeres de un mismo núcleo, como ocurre con las abuelas, hermanas y tías, que conjuntamente se apoyan en la labor del cuidado de los hijos y nietos y en el sostenimiento económico del hogar.

Con algunas mujeres fue imposible entablar algún tipo de diálogo. Por lo general, el cónyuge brindaba la información solicitada y argumentaba que la mujer no

tenía ninguna opinión sobre los cambios operados en la vereda. De conformidad con el discurso del esposo, ellas no han salido de la casa, ya que su lugar es ese, así como su oficio es cuidar de los hijos en el hogar. Con este criterio, las mujeres no estarían en “capacidad de brindar información del mundo exterior”, ya que este es conocido solo por los varones.

Cuando las mujeres se encontraban solas en su hogar y proponíamos entablar un diálogo con ellas, se negaban aduciendo cierto temor de contradecir a su compañero en su propósito de no brindar la información o de establecer algún tipo de relación con la investigación. De estas ocasiones se puede inferir que existen agendas ocultas de maltrato, discriminación e invisibilidad de la importancia de las mujeres en la construcción social de la vereda, aun cuando el mayor número de informantes y participantes en el proceso investigativo estuvo compuesto por ellas.

Valiosos elementos conceptuales en torno a la división sexual del trabajo expresan los testimonios de las mujeres entrevistadas, entre ellas las diferencias de género y la ética del cuidado de personas. Tales nociones y dimensiones se relacionan con las características de las familias campesinas, cuya columna vertebral son las mujeres, que tradicionalmente han desempeñado roles reproductivos y productivos en el seno de la familia y de la sociedad.

Finalmente, mientras que las mujeres tratan de comprender la desigualdad de las relaciones, se enfrentan a otro desafío: la amenaza de una posible migración de la vereda, y con ello la desintegración de la familia extensa concebida como una estrategia de cooperación, protección y cuidado de los niños, niñas, adultos mayores y enfermos del hogar.

Conclusiones

La expansión de la ciudad de Bogotá sobre los territorios de los municipios vecinos estimula nuevos procesos urbanísticos, denominados conurbación, fase de expansión mediante la cual una ciudad se une con otra a causa del crecimiento poblacional y físico, manifestando modificaciones en el modo de vida de los habitantes de las zonas rurales, transformadas hoy en día en contextos urbanos. Estas intervenciones en el territorio se ven reflejadas en los cambios introducidos en uso del

suelo, en el aumento de la densidad poblacional y en la baja calidad de vida de la población.

Los cambios en el uso del suelo acentúan la asimetría del crecimiento demográfico de la región y las diferencias más notables se localizan en los polos norte-sur (Chía-Soacha). La polarización de la ciudad en las áreas metropolitanas ha estimulado la demanda sobre el suelo rural, la infraestructura institucional y el espacio público, así como la construcción de redes de alcantarillado, energía eléctrica, gas y agua. Sin embargo, la eficacia de la dotación de servicios públicos y el acondicionamiento de la infraestructura urbana apta para el desarrollo urbano coinciden con la polarización de la ciudad.

Los cambios y transformaciones, tales como la degradación del medio ambiente y las características rurales de la vereda Siete Trojes como consecuencia de los procesos de urbanización e industrialización, crean una nueva problemática territorial en la cual la identidad campesina se transforma en la misma medida en que cambia la vereda.

El proceso de metropolización que ha germinado en el marco del actual modelo de desarrollo no es un punto de referencia positivo para las economías campesinas, caracterizadas por el autosostenimiento de la unidad familiar, el trabajo de la tierra y la trasmisión de la herencia cultural; en este sentido, la organización de la economía campesina se fundamenta en la “familia”, que ha cambiado sus mecanismos de subsistencia, ahora más acordes con el mundo urbano.

Esta suma de cambios territoriales suscitados por las modificaciones hechas en el aprovechamiento del suelo de zonas rurales del municipio de Mosquera incide en la transformación de la identidad cultural de la población, fenómeno que se pone de manifiesto en la pérdida gradual del sentido de pertenencia por el territorio y la economía campesina, fundamentales para la construcción de estrategias de sostenimiento propias.

La identidad campesina de las familias asentadas en la vereda Siete Trojes comenzó a ser afectada por el proceso de metropolización desde la década de 1990 y puso de presente las características de ese territorio: 1) economía de subsistencia basada en la economía campesina; 2) organización social marcada por la presencia de pequeños productores agrícolas, apartados de

la cultura urbana; 3) presencia de relaciones sociales y familiares de carácter extenso; 4) estrecha relación con el territorio, fundada en la convivencia en común y la construcción de los lazos sociales de largo tiempo.

En las narraciones de abuelas y abuelos puede identificarse una mayor identidad campesina, que, sin embargo, empieza a disiparse en sus descendientes, quienes han cambiado o abandonado prácticas tradicionales como el trabajo agrícola, las celebraciones comunales o el sentido de pertenencia con el territorio. Más adelante, en las nietas y los nietos, desaparecen casi totalmente los relatos que dan vida a la identidad campesina y sus narrativas traslucen una afinidad con el desarrollo académico de carreras técnicas y profesionales como medio de alcanzar un ascenso social y económico en el contexto de la ciudad.

La transformación de la “identidad campesina” se presenta en el marco de la integración del entramado urbano y rural en el mismo territorio, situación que propicia la pérdida de características propias del área rural, un menor sentido de la colectividad, la fractura de las relaciones sociales comunitarias y el debilitamiento de la economía campesina. Asimismo, el deterioro del paisaje y de los recursos naturales, además del tránsito de la vereda al barrio, estimulan nuevos procesos de identificación ciudadana.

La incidencia del proceso de metropolización en Siete Trojes afecta principalmente los rasgos definitorios de la identidad campesina, específicamente la producción agropecuaria de pequeña escala, la satisfacción de las necesidades materiales de la unidad doméstica, el sentido de pertenencia con el territorio, la seguridad alimentaria, la permanencia de los lazos familiares y el tejido social comunitario.

Los lazos comunitarios se han debilitado a tal punto que las interacciones sociales entre los vecinos se convierten en conflictos. Las fricciones cotidianas más comunes se relacionan con la apropiación del espacio público con destino a actividades comerciales o la ampliación de la vivienda, acicateadas principalmente porque el crecimiento demográfico e industrial de la vereda no ha estado acompañado de la planeación municipal.

En el plano comunitario, la estabilidad en el tiempo de los lazos sociales y las redes familiares, caracterizadas por relaciones afectivas y de parentesco, se han visto

debilitadas por el individualismo y la presión social a salir del sector. Se evidenció que las mujeres de la primera generación ocupaban su fuerza de trabajo en la parcela familiar; sin embargo, la segunda y tercera generaciones se ven abocadas a emplearse en las condiciones actuales del territorio, caracterizadas por las lógicas de la productividad y la competitividad del sector industrial.

La inseguridad es otro aspecto relevante del proceso de metropolización de la comunidad de Siete Trojes. Parte de la renuncia a las prácticas agropecuarias ha conducido al constante hurto de la producción campesina. Ahora las actividades laborales se desempeñan fuera de la vereda en la ciudad, en horarios críticos para un retorno seguro al hogar, aspecto que ha desencadenado temor en los habitantes ante el aumento de la delincuencia común.

La posesión de la tierra por las familias campesinas de la vereda tiene influencia destacada en el cambio de las actividades laborales, que en el decenio de 1960 eran principalmente agropecuarias, mientras ahora la falta de acceso a la tierra limita el trabajo agrícola y su trasmisión cultural. Debido al cambio operado en el aprovechamiento del suelo, las actuales generaciones quedan condicionadas a los nuevos tipos de desarrollo territorial, que hoy ofrecen otros empleos, como el comercio informal, la albañilería, el trabajo en la industria de las flores y en las bodegas, actividades que se distancian de la tradición del trabajo agropecuario, ahora relegado por la industria y el comercio.

Las familias poseedoras de tierra tienen mayor o menor sentido de pertenencia con el territorio, según sea su grado de afectación por el proceso de metropolización. Como se evidencia en el análisis de los resultados de la investigación, las familias cuyo territorio fue objeto de transformación se sienten más presionadas para migrar, mientras que aquellas menos afectadas afianzan su pertenencia territorial.

A su vez, las familias, sumergidas en el proceso de asimilación de la nueva realidad territorial y cultural, inventan estrategias encaminadas a acomodarse a las exigencias del mercado laboral. Allí donde la mayoría de las mujeres trabajan fuera del hogar, se crea una red del cuidado hogareño conformada por hermanas, tías o abuelas que viven cerca o que comparten el

territorio, estrategia que se fundamenta en la familia extensa, cuya permanencia depende de su duración en el territorio. Esta organización de tipo social atraviesa actualmente un proceso de desintegración propiciado por la presión de la venta de sus predios y la salida de la vereda hacia otros lugares.

Con frecuencia, el trabajo del cuidado es invisibilizado y en ocasiones es remunerado (alimentos, dinero u otros servicios) debido principalmente a la naturalización de los roles femeninos en el ámbito privado, de donde se infiere que las estructuras de la cultura patriarcal aún están presentes en los escenarios público y privado. Las nuevas condiciones del territorio inciden en las redes de apoyo familiar y entre vecinos; como consecuencia de la venta de predios familiares, los integrantes de la familia extensa se desarticulan al migrar fuera de la vereda.

Finalmente, la concepción negativa del campesino asociada a la pobreza, la ignorancia y el analfabetismo aceleran la marginalización y la descomposición de este rol, lo que transforma los modos de vida tradicionales del campo, en una inmersión progresiva en el mundo urbano; por lo tanto, la noción de desarrollo se fundamenta cada vez más en la urbanización e industrialización del área rural, lo que evidentemente deteriora el medio ambiente natural y la calidad de vida de las familias que históricamente han habitado el territorio rural.

El campesinado colombiano atraviesa una nueva crisis ocasionada por las constantes presiones del actual modelo de desarrollo económico, que han condicionado la economía campesina a la intervención de las empresas multinacionales, los paquetes tecnológicos de la “revolución verde”, el desplazamiento forzado a causa del conflicto armado interno, los tratados de libre comercio y la transformación del territorio evidenciada en los cambios del uso del suelo, todos ellos factores que han puesto en crisis los procesos sociales, culturales y económicos de la población campesina que históricamente ha resistido a las presiones del capitalismo.

5 Actividades agroindustriales para el fomento de monocultivos producidos a través de la modificación genética con alta carga de plaguicidas y fertilizantes, para obtención de productividad y competitividad en mercados internacionales.

Las transformaciones de las comunidades campesinas por efecto del proceso de urbanización tienen su importancia en el modelo de desarrollo económico y de modernización del país, y están presentes en los actuales cambios de la política económica que estimulan la industrialización, hecho que ha impulsado a los habitantes de las regiones a migrar a la ciudad y a sus alrededores, lo cual ha desestabilizado la dinámica territorial de las zonas rurales.

Valdría la pena analizar cómo un país, mediante herramientas como los planes de ordenamiento territorial, los consejos territoriales y la planeación nacional, podría alcanzar una proyección social, económica y cultural de las regiones que permita su autonomía y gobernanza. Lo cual sería posible por medio de la descentralización de las decisiones político administrativas orientadas tradicionalmente del centro hacia la periferia, que detuvieran el avance desmedido de la ciudad sobre los municipios sabaneros del departamento de Cundinamarca con el objetivo de consolidar zonas de reserva campesina que aseguren la protección del territorio y la permanencia de sus habitantes, como ha sido la tradición en este contexto.

Los aportes destacados de la investigación y descritos bajo el análisis de un municipio tranquilo a las afueras de Bogotá pueden ser replicados en todo el territorio nacional, con la finalidad que las entidades territoriales del Estado y la población civil tomen en cuenta las repercusiones ambientales, culturales, sociales y económicas que se desprenden del fenómeno de la metropolización, para tener presente en la planeación y organización del territorio en torno a las características naturales y culturales de la región.

Referencias bibliográficas

- Alcaldía de Mosquera. 2013. Nuestro municipio. http://www.mosquera-cundinamarca.gov.co/informacion_general.shtml (24 de enero del 2016).
- Álvarez, Jaime. 2003. “Economía campesina y sistema alimentario en Colombia: aportes para la discusión sobre seguridad alimentaria”. http://www.javeriana.edu.co/ear/d_des_rur/documents/campesinadoysistemaalimentarioencolombia.pdf. (24 de enero del 2016).
- Ardila, Gerardo. 2003. *Territorio y sociedad. El caso del Plan de Ordenamiento de la ciudad de Bogotá*. Bogotá: Ministerio

- de Medio Ambiente, Universidad Nacional de Colombia, Red de Estudios de Espacio y territorio, Centro de Estudios Sociales.
- Ballara, Marcela y Soledad Parada. 2009. *El empleo de las mujeres rurales: lo que dicen las cifras*. www.cepal.org/ddpe/publicaciones/sinsigla/xml/9/35889/empleo_mujeres_rurales.pdf (23 de junio del 2015).
- Bascuñán, Óscar. 2010. *Campesinos rebeldes las luchas del campesinado entre la modernización y la globalización*. Barcelona: La Catarata.
- Boiser, Sergio. 2006. “Algunas reflexiones para aproximarse al concepto de ciudad-región”. *Ánfora* 13, n.º 21: 9-35. Manizales: Universidad de Manizales.
- Comité Intergremial de Bogotá y Cundinamarca. 2009. *Diagnóstico y recomendaciones para la revisión al POT de Bogotá*. http://bibliotecadigital.ccb.org.co/bitstream/handle/11520/2951/6796_revisiopotbogota.pdf?sequence=1 (12 agosto del 2012).
- Fajardo Montaña, Darío. 2002. “Tierra, poder político y reformas agraria y rural”. *Cuadernos Tierra y Justicia*, n.º 1. http://www.kus.uu.se/CF/Cuaderno_01.pdf. (16 de octubre del 2013).
- Fals Borda, Orlando. 2007. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: El perro y la rana.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1975. *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Tercer Mundo.
- El Espectador*. 2011. “La sabana ya es de Bogotá”. 20 de marzo.
- Jiménez, Luis Carlos. 2001. “Organización espacial y región en Colombia”. *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios*, eds. Gustavo Montañez y Fernando Viviescas, 101-116. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Machado, Absalón. 2009. *Ensayos para la historia de política de tierras en Colombia*. Bogotá: Gente Nueva.
- Ministerio de Trabajo. 2011. Programa Nacional de Asistencia Técnica para el Fortalecimiento de las Políticas de Empleo, Emprendimiento y Generación de Ingresos en el ámbito Regional y Local. Diagnóstico Mosquera. http://www.mintrabajo.gov.co/component/docman/cat_view/195-empleo-local/196-publicaciones/200-cundinamarca.html (22 de junio del 2015).
- Molinier, Pascale y Luz Gabriela Arango. 2011. *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta.
- Núñez, Carlos Enrique e Ingrid Paola Hurtado. 2013. “Desplazamiento forzado en Colombia la huella del conflicto”. *El desplazamiento forzado y la imperiosa necesidad de la paz*, 1-6. Bogotá: Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. http://www.codhes.org/~codhes/images/infografia/Documento_con_Registro_y_Georeferenciacion_2010_2013.pdf.
- Palacio, Luis Miguel. 2010. “Minería acaba último gran humedal de la Sabana de Bogotá”. *UN Periódico*. 8 de mayo. <http://www.unperiodico.unal.edu.co/dper/article/mineria-acaba-ultimo-gran-humedal-de-la-sabana-de-bogota.html> (23 de junio del 2015). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, Leonardo José. *Análisis de la relación demográfica Bogotá D.C.-Sabana utilizando dinámica de sistemas Colombia*. Bogotá: Universidad de Los Andes, 2004.
- Sánchez, Greta. 2008. *Ensamblar flores y cultivar hogares*. Madrid: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Montañez, Gustavo. 1992. *¿Hacia dónde va la sabana de Bogotá?* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, SENA.
- Valderrama, Mario y Héctor Mondragón. 1998. *Desarrollo y equidad con campesinos*. Bogotá: TM Editores, IICA.
- Salas, Laura Elena y Ángela Patricia Zorro. 2013. “Las reformas agrarias en Colombia: la lucha campesina en el marco del desplazamiento forzoso”. *El Otro Derecho* 44: 199-218. Bogotá: Instituto Latinoamericano para una Sociedad un Derecho Alternativos.

Bibliografía secundaria

- Alcaldía Mayor de Bogotá. 2001. *Plan de Ordenamiento Territorial de Bogotá*. Bogotá.: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Borrero Ochoa, Óscar. 2008. *Ciudad equilibrada en usos y servicios. Localización de comercio, industria y servicios*. Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá.
- Comas, Dolors. 1995. *Trabajo, género y cultura, la construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona: Icaria.